

Artemis II: más allá del horizonte de otro mundo

La misión Artemis II marca un momento que parecía perdido en la historia: por primera vez desde 1972, seres humanos vuelven a abandonar la órbita baja terrestre y se aventuran hacia la Luna. Cuatro astronautas, a bordo de la nave Orión, recorren una trayectoria elegante y casi poética: una órbita de retorno libre que los lleva alrededor de nuestro satélite y de vuelta a casa usando solo la gravedad.

No es aún un alunizaje. Es, quizás, algo más profundo: volver a encender un motor que la humanidad dejó enfriar durante medio

siglo.

La comparación inevitable es con Apollo 8, aquella travesía de Navidad de 1968 en plena Guerra Fría. Entonces, el impulso era político; hoy, es tecnológico, económico y, sobre todo, humano. Como en 1968, hay momentos que trascienden la ingeniería. Si Apollo 8 nos regaló el "Earthrise", la Tierra emergiendo sobre el horizonte lunar, Artemis II nos ofrece su espejo: un "Earthset", nuestro planeta ocultándose lentamente en el mismo horizonte. Una imagen que nos recuerda lo mismo que hace casi 60 años:

que somos un único punto azul, sin fronteras ni diferencias en medio de la negrura del espacio.

Pero esta hazaña está lejos de ser romántica en su ejecución. Los astronautas viajan a 40.000 km/h dentro de una cápsula mínima, impulsados por el gigantesco Space Launch System, un coloso del tamaño de la Torre Entel, cargado de hidrógeno líquido. Es una máquina polémica, heredera de decisiones políticas y tecnológicas complejas, con costos astronómicos y riesgos reales. Durante minutos críticos, la probabilidad

de un fallo catastrófico no es despreciable. Y una vez en camino, no hay rescate posible.

A esa distancia, la Tierra ya no es hogar; es un punto. La tripulación abandona el escudo protector del campo magnético terrestre, enfrenta radiación, aislamiento y silencios de comunicación de hasta 40 minutos. Es, literalmente, internarse en lo desconocido. Y, sin embargo, lo hacemos. Porque explorar no es un lujo, es la esencia de nuestra especie: los humanos somos los animales que comprenden y exploran para sobrevivir. Artemis II no solo vali-

da tecnología; valida nuestra necesidad instintiva de ir más allá.

Hoy, además, sabemos que la Luna no es un desierto inútil. En su polo sur yace agua en cantidades colosales, capaz de sostener vida, producir oxígeno y fabricar combustible. La Luna podría convertirse en la primera estación de servicio del sistema solar, un punto de partida hacia Marte y más allá.

En perspectiva, Artemis II no es solo una misión más; es el inicio de una nueva era. Como cuando nuestros antepasados osaron cruzar océanos sin sa-

ber qué había al otro lado. La historia se repetirá: cruzaremos mares negros, llenos de peligros, promesas y mundos desconocidos. Los océanos de nuestra época son de espacio.



Dr. Fernando Izaurieta, Físico Teórico
Departamento de Ciencias Básicas,
Facultad de Ingeniería USS